



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

EL DOCTOR BOMBARDA

Toquecito.

A. DE HOYOS Y VINENT

La fisonomía del gato.

ROQUE DE LARA

El mal mayor.

FELIX RECIO

El papá y el niño.

FERNANDO AMADO

Historia muy triste.

CONRADO ESPIN

Seducida.

JOSÉ MORBIRA

La audacia.

C. ALVEAR

...Y vamos tirando.

TOVAR

y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de;

Gioconda.

GIOCONDA

Artista bilbaina, muy bonita



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

Yo no sé lo que pasará cuando ustedes tengan la benevolencia de leer estas líneas, porque aquí estamos todos locos, comenzando por el tiempo, pero lo que está fuera de duda es que al escribirlas hace un calor que tumba de espaldas. Yo he dejado de ser cristiano y me he convertido en caldeo; ó lo que es igual, que estoy completamente caldeado.

Prefiero el calor al frío, lo he dicho varias veces, y mis numerosos biógrafos, habrán recogido seguramente este importantísimo dato, pero ¡no tanto que vaya uno por esas calles completamente torrefacto!

Porque es el caso que el calor se ha echado encima de repente, como una viuda inconsolable, y nos ha cogido desprevenidos haciéndonos quedar en ridículo que es lo que ocurre siempre que se echa así alguien sin previo aviso. De improvviso he-

mos entrado en la temperatura del frito y quien más, quien menos, todos soñamos con un botijo, ó una botija, ó algo que se rezume y nos consuele. Fuera de estas molestias, insisto en que tal tiempo me encanta, porque así la Naturaleza se muestra en todo su esplendor, sin los tapujos ni las veladuras que en el invierno. A primera vista se ve todo, lo que interesa al buen aficionado á la contemplación de la Belleza.

En invierno, todo se tapa y envuelve, y así cree uno que hay elementos contemplativos donde sólo existen trapos más ó menos atrayentes, pero trapos al fin, mientras que en verano no es tan fácil que le den á uno gato por liebre. Curvas, redondeces exuberancias, se muestran en toda su intensidad, porque á ello obliga el factor temperatura.

Luego, que en esta época todo es vida, alegría y movimiento, sobre todo movimiento, cosa muy explicable porque en invierno, á causa del frío se entumescen los miembros, mientras que en verano están pletóricos de vigor y prontos á toda clase de actuación.

Por algo el Creador del mundo hizo el Paraíso terrenal en plena canícula, y claro, la consecuencia fué la que tenía que venir, que el pobre Adán le dió el bocado á la manzana, en vista de que Eva andaba tan veraniega de indumentaria.

Y en verdad que si estos calores siguen

SOÑANDO CON BELMONTE



— ¡Ay, tu madre, Juanito, qué faena estás haciendo... qué mo... E... ne... tel...



—¡Gracias á Dios que se ha marchado! ¡Qué bárbaro!... Parece una codorniz de las buenas!

habrá forzosamente que imitar á nuestros primitivos padres, y no es que me refiera determinadamente al mordisco, sino á lo de la *toilette* propia de la estación. Todo se reduce á que los de esta casa aumentemos la tirada de LA HOJA DE PARRA y unas ediciones las hagamos en seda y otras en gasa, según los gustos de los interesados. Mas, entretanto, dediquémonos á pasar la vida lo más agradablemente posible, entregándonos á aquellas expansiones propias de la época y propias del sexo.

Acudamos á las clásicas verbenas, ya comenzadas, á las diversiones veraniegas, más ó menos públicas, á las excursiones en tranvía de jardinera, á todo, en fin, lo que expansione, alegre y ayude á confortar el ánimo. Entreguémonos á la habenera cadenciosa, al chotis penetrante, y sobre todo, al «tuesten», que es un baile adecuado á la temperatura que disfrutamos.

¿Que se suda? Perfectamente; más sudan en el Sudán y allí los tienen ustedes tan frescos, y yendo tranquilamente, el que más, con un trapo atrás y otro delante.

Y á veces, hace aire, y se les cae uno de los trapos.

Por algo no hay raza tan prolífica como la sudanesa. Sudan esa y sudan la otra.

Y creo que los pobrecitos se pasan la vida sudando la gota negra. Pero, en cambio, bien les gusta exclamar:

—¡Ay, negra de mi alma!
Me refiero á la gota.

Un pequeño REPORTER

TOQUECITO

Andaba detrás de ti,
después andaba contigo,
y ahora ando con muletas;
¡mira si anduve camino!
El doctor BOMBARDA

CHARADAS



El.—Vamos á ver si acierta usted ésta. Mi primera *se*, mi segunda *Lo/a* y mi tercera... fuerza regular indígena.

Ella.—¿...?

El.—¡Precisamente!

La fisonomía ¡Miaul ¡Miaul Doña Celestina hizo una larga aspiración para llevar aire á su cansado pecho y reconcentrando sus fuerzas volvió á la carga.

—¡Miaul ¡Miaul!
Los maullidos de la gata en celo (portales querían pasar) resonaron horrissonos en la



Una.—Por allí viene Lili. ¡Chica, qué gorda se ha puestol... Si se cae encima de mí me hace una tortilla.

La otra.—¡Vanidosa!

luminosa serenidad de la noche estival. Dos ó tres maullidos les respondieron á lo lejos, y luego otros y otros hicieron eco.

Al borde del tejado la diabólica silueta de Sultán destacábase negra sobre la líquida transparencia de záfiro de la noche, como esos brujescos gatos de los caprichos de Goya. Había enarcado el lomo y enhiesta la larga cola, erizados los pelos y las orejas triangulares erguidas, prestaba una atención desconfiada á los lamentos conque aquella desconocida princesa Micifuz le llamaba invitándole á no sé que misteriosos paraísos de deleites.

Doña Celestina, impaciente, volvió á llamar:

—¡Miau...! ¡Miaul!

¡Demonio de gato! ¡Nunca, nunca, en su larga vida, llena de nocturnas cacerías, hábsale costado tanto trabajo atraer á sus lazos á los dichosos animalitos! Sobre todo los gatos de las de López Pichichi caían en sus redes como cándidas palomas. No

sabía ella en lo que consistía, pero aquellas solteronas de un pudor exquisito y quintaesenciado debían administrar á sus gatos algún poderoso afrodisiaco para cuando al primer llamamiento lanzábase como locos en busca de la desconocida belleza gatuna.

¡Tan! ¡tan! ¡tan!...

En un reloj lejano resonaron las tres, y la cazadora se impacientó. ¡Pícaro bicho!.. Y no había remedio, tenía que caer. ¿Con qué improvisaba si nó aquel succulento guiso de liebre que había hecho famosa su casa, dando lugar á que á su modesta mesa sentáranse hasta Directores generales que se relamían de gusto y contribuían luego no poco á los ascensos del bueno de don Baldomero? La perspectiva del fracaso en que iba á caer prestóle fuerzas, y reuniendo todo su aliento tornó á mayar:

—¡Miaul ¡Miaul!

Vencido en su escama por tan reiterados y tiernos llamamientos, el bicho se dejó engañar y con pasos lentos, sordos, elásticos fuése aproximando. Al fin llegó al alcance de la mano de doña Celestina, que con una sonrisa maligna esperaba, y al



Una.—¡Vaya un pollo!...

El.—¡Lo mismo digo, hidalga!

verlo cerca, tendió el brazo y trincándole por el cuello, metiéndole dentro y cerró el balcón.

❖

—¡Sultán! ¡Sultán! ¡Pchs! ¡Pchs! ¡Monino, rico, vidital, ¿dónde está la gloria de la casa?

Después de tan tiernas y fervorosas llamadas, Malvina esperó ansiosa la aparición del favorito. Nada. En la calma del patio de vecindad sólo se oía la voz de la criada del tercero que entonaba la habanera del pom, pom y los chillidos de la señorita del principal que ensayaba el vals de las olas. Abajo el portero consorte hacía su *toilette* en la fuente, mientras en la azotea sus vástagos y los chicos de un pintor domiciliado en las buhardillas, entregábanse á descomunal cachetina.

La López Pichichi dejó caer los brazos con ademán de vencimiento y luego gimió con infinita angustia:

—¡Sultán! ¡sultán! ¡vida mía!

Al plañido acudió su hermana mayor, Medea. Todo lo que la Pichichi menor tenía de púdica, soñadora y delicada, tenía lo Medea de resuelta, enérgica y varonil. Su corpachón fornido, rudo, tosco, hecho á hachazos; su rostro enjuto, duro, bigotudo; su voz bronca, conminadora; contrastaba con los ojos azules, tristes y románticos, los cabellos de hilado lino y el ademán de Ofelia de Malvina. Su misma virtud, impecable é implacable, pero enérgica, acometiva, hacía extraño contraste con la virtud monjil, tímida y encogida, pronta á todos los sobresaltos de su hermana menor.

No bien supo de lo que se trababa, montó en cólera y asomándose á la ventana para enterar á la vecindad de su justa ira, comenzó á vociferar:

—¡Bribonas! ¡asquerosas! ¡tierras! ¡ladronas! ¡ladronazas! ¡Ay, Virgen del Carmen, quién habrá sido la mala pécora que nos habrá robado el gato!

Malvina insinuó tímidamente:

—¡Mujer que te pueden oír!

—¿Oír? ¡Mejor! ¡Que me oigan! ¡Ay si yo supiera quién ha sido la tía ladronal...

—Luego, bajando el diapason y encarándose con su hermana, reprochó:

—Y la culpa es tuya, tuya y nada más que tuya.

—¿Mía?...

—Sí, señora, tuya. Vamos á ver. ¿Por qué no se ha de capar al gato?

Malvina bajó púdicamente los ojos y en-

LOS DEDOS HUESPEDES



Una voz femenina en el interior del número 15.—Hombre no seas torpe... métela derecha. El criado (fuera).—¡Rediez! ¿qué escucho?



El criado.—Esto es cosa de verse.



El criado.—¡Anda la osa! ¡Si era una bota!

EN LA HORCHATERÍA



Una.—¿Es que te ha hecho daño la leche?
La otra (malhumorada).—¿Pero qué leche dices?
¿No ves que yo estoy tomando limón?

rojeciendo hasta las orejas murmuró tímidamente:

—Capar... ¡Animalito de Dios!

Medea se irguió, y como una deidad implacable que se encoje de hombros ante la estupidéz humana, fulminó sarcástica,

—¡No, que es mejor que vaya á parar á la cazuela del vecino!

;;

—¡Ay que gloria de gato! ¡pícaro! ¡ricol! ¿quién te quiere á tí?

Un nuevo sultán había sucedido en el hogar de las López Pichichi al que pasase al estómago del señor Director. Mirábanse en él las dos solteras con ternura fervorosa y apasionada, aunque muy variamente matizada, pues mientras la menor sentía por él la ruborosa ternura de la esposa del Cantar de los Cantares, la primogénita le amaba con el amor inexorable de los dioses por sus criaturas.

—¡Riquito! ¡vidal! ¡morronguito mío!

Estas y otras no menos tiernas frases eran la despedida de Malvina que obligada á ausentarse unos días no se cansaba de besar á su favorito.

Al fin, ante la premura del tiempo, hubo de abandonar sus extremosas manifestaciones y dirigiéndose á su hermana con la solemnidad con que una moribunda encomienda su postrera voluntad, rogóle:

—¡Cuida á sultán!

—Vete tranquila—fué la respuesta for-

mulada con ambigua voz, mientras una sonrisa cruel vagaba por los labios de la implacable.

;;

Medea miró el reloj por centésima vez. Malvina iba á llegar de un momento á otro. ¿Qué efecto le haría aquello? Sultán hosco; insociable, con algo de alimaña salvaje vagaba de un lado para otro. ¡El sacrificio estaba consumado! Apenas la López Pichichi menor emprendiera su éxodo, el veterinario había acudido, llamado por la cruel, decidida á concluir para siempre con las gatunas correrías.

¿Y ahora? Malvina regresaba antes de tiempo y el dicho, enfermo, dolorido, mostraba aun una desconfianza rabiosa.

Sonó el timbre y un minuto después Malvina penetraba en la estancia. Su primer pensamiento fué para sultán.

—¡Sultán, vidita, riquín!—Nada. ¡El gato no parecía!—¡Toma! ¡toma! ¡spch! ¡spch!

De pronto surgió entre ella un monstruo apocalíptico, una fiera salvaje, un engendro de Satanás, algo monstruoso y horrendo capaz de infundir temor en el ánimo mejor templado. Sultán, los pelos erizados, enhiestas las orejas, enarcado el lomo, las uñas prontas á arañar y los ojos chisporroteantes, alzábale rampante, dispuesto á lanzarse sobre ella.

Malvina retrocedió aterrada, contempló un momento al farsisto y encarándose con su hermana murmuró.

—¡Este gato tiene algo cambiado en la fisonomía.

Antonio de Hoyos y VINENT

RECORDANDO Á LOS CLÁSICOS



—Miró al soslayo, fuese, y... no hubo nada.

El mal mayor El lunes pasado comen-
zaron á revocar la casa de en-
frente.

Por el balcón de mi estu-
dio y sin moverme en la mesa donde traba-
jo, pude ver cómo en un solo día quedó
la fachada oculta por el andamiaje. Des-
pués los obreros comenzaron á trepar por
él con cubos y herramientas, desafiando
el peligro, mientras cantaban alegremente



El.—¡Pero es posible, Lolita, que insistes en
separarte de mi hijo? No me des ese di-gusto;
hazlo por mí.

El/a.—¡Pero papá, si se pasa el día como un
tonto diciendo ¡mi Lolita! ¡Lola mía!... y sin em-
bargo, me dá muchos disgustos!

columpiándose en la débil tabla que les
sostenía.

Abajo, en la calle, había quedado inter-
ceptado el tránsito de la acera. Un albañil,
el más torpe seguramente, fué el encarga-
do de sostener la cuerda con la cual se
impedía al transeunte aproximarse á la
casa, en evitación de que los salpicones de

cal y de pintura le pudiesen como un *Ecce-
homo*, ó los pedazos de cascote ocasiona-
sen una desgracia.

El natural humano es tan rebelde de
suyo, que todo cuanto sea prohibición,
aunque resulte beneficiosa, jamás lo acata
de grado. Y en los madrileños es más te-
naz aún ese empeño de contravenir órde-
nes y bandos. Basta que en una esquina
aparezca un día el letrero de *Se prohíbe
fijar carteles*, para que á la semana si-
guiente esté tapada con anuncios de espe-
cíficos y de corridas de toros; apenas en
una rinconada ha puesto el Ayuntamiento
la advertencia consabida de *Se prohíbe
hacer...* etc., todo el que pasa se sien-
te acometido de una incontinenia horri-
ble...

Pero esto no reza con mi vecinita, una
coristilla muy simpática á quien veo lle-
gar todas las tardes á la hora en que ter-
minan los ensayos de Apolo. La pobre chi-
ca vive en un interior de la casa que están
revocando y había de salvar la cuerda ne-
cesariamente, para llegar al portal. ¡Nunca
lo hubiera hecho! El bruto del albañil, aba-
lanzándose hecho una furia, le estorbó el
paso violentamente; ella protestó de la
acometida, insultándole indignada, y, sin
entrar en explicaciones, aquel enérgico
no enarboló una estaca, con la cual segu-
ramente hubiera abierto la cabeza á mi
encantadora vecinita de no impedirselo un
guardia que le contuvo.

La oportunidad, contra costumbre, de
este funcionario de la autoridad, fué la sal-
vación de la chica.

El público habíase agrupado: mujeres,
hombres y chicos al saber la causa del es-
cándalo vociferaban insultando al albañil,
que veíase amenazado de un *lynchamien-
to* imprevisto. Ante aquel cúmulo de recrí-
minaciones, el pobre hombre con una sin-
ceridad encantadora, no encontró otro me-
dio de justificarse que decir lo siguiente,
lleno de la mejor buena fe:

—¡Señores! ¡Es que yo estoy aquí para
evitar desgracias personales!...

❖

¡Oh! Aquel albañil no recordó muchos
de nuestros políticos.

En evitación de un mal, ocasionan siem-
pre otro mayor.

Roque de ARA

: El papá y el niño No hay mejor cosa que tener amigas para saberlo todo... y, á veces, poder lograrlo todo también. A sus amigas deben muchos políticos su encumbramiento, como recuerda aquella frase célebre de Albareda

«TOILETTES PARA VERANO»



Traje de cola de pichón.—Para la confección de este traje hace falta un pichón de una vez.

á Villaverde en el momento en que éste realizaba un quehacer preciso: «Cuidado, Raimundo, que te se va á ver la credencial». A nuestras amigas, ¿por qué no confesarlo?, debemos muchos periodistas las noticias que mayor éxito nos proporcionaron en nuestra carrera.

Hallándome yo la otra tarde, descansando en el lugar íntimo de una gentil damita, amiga mía, hetera muy conocida de nuestro patriciado trasnochador, me enteré de un suceso que les voy á referir á ustedes, porque estoy seguro de que les interesará hasta preocuparles...

¿Quiénes son? ¿Dónde viven?

El padre, á quien voy á llamar don Lucio,

para no dar su nombre, ya que vayan completas las señas de su persona y de su posición, es cincuentón, harrigudo, con el pelo muy blanco y los ojos azules; es senador, muy influyente, y tiene acciones y, aun creo que es consejero, de una Compañía ferroviaria. Al hijo, digámosle Luisito, y supongámosle rubio, con veinte años todavía no cumplidos, y un poco audaz, brujuleando por los círculos madrileños con aire de hombre ya cansado, que desmiente su ingenuidad...

Pues bien: mediante una presentación, facilitada por mi amigo Enrique Romero de Torres, el hombre que más amigas guapas tiene en Madrid, esta chiquilla que también lo es mía, Aurorita de Torres fué presentada á Luisito hace unas tardes.

Luisito, decidido á realizar una calaverada la invitó á cenar, y después, juntos y enamorados, fuéronse á parar á una de esas mansiones tan visitadas por la famosa María Luisa, en las que el Amor no es pecado...

Una vez en el cuarto la joven empezó á desnudarse con la maestría y parsimonia

ARTISTAS DE CIRCO



Una á la otra.—¿Ya vuelves á trabajar con el tonto?



La señora.—Queda usted despedido. Sé que anoche quiso entrar en el cuarto de la doncella.

El criado.—Señora, fué una equivocación... como lo dejó entreabierto...

La señora (indignada).—¿Una equivocación? ¡Eso hubiera sido posible en el mío que lo tengo de par en par!

de las coquetas bonitas que se hallan seguras de agrandar. Luisito la observaba sonriente y atónito, con la estupefacción del niño candoroso que nunca ha visto á una mujer en ropas menores.

—¿Te gusto así?—preguntaba ella riendo.— ¿Y así?—repetía adoptando otra actitud.

Luego se acostaron. A la mañana siguiente, Luisito se levantó muy temprano: era la primera vez que dormía fuera de su casa, y la perspectiva de una reprimenda paternal, le quitaba el sueño. Vistióse, pues, rápidamente, y abrió la puerta del cuarto para recoger sus botas, que suponía encontrar ya bien limpias y embetunadas. Pero las botas, ¡no estaban allí!

—¡Chical—gritó—: ¿y mis botas?

La moza vieja acudió consternada.

—¡Ay, señorito; si usted supiese lo que ha ocurrido!... Anoche llegó el juez á sorprender á una señora casada y á un caballero que ocupaban la habitación inmediata. Al señor, como es un buen parroquiano de la casa, nosotros le ayudamos á escapar... y logró huir, pero llevándose, por equivocación, las botas de usted. Tal vez pueda usted servirse de las suyas. Estas son, nuevecitas...

Y le presentaba unos zapatos enormes, que probablemente tendrían el número 48.

Luisito tuvo que resignarse y aceptar

las botas, dentro de las cuales sus pies experimentaban la sensación de ir descalzos.

Cuando Aurora y Luisito salieron del hotel se separaron inmediatamente y ella se fué á su casa; él siguió camino de la suya. Iba pensando en la calaverada cometida, en el rostro severo de su padre, y en una anécdota verosímil, que explicase el extravío de sus botas.

¶

Cuando llegó á su casa hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y llamó. Su padre salió á abrirle.

—Buenos días, papá—dijo el joven entrando.

—Hola, granuja.

Luisito, creyendo que el nublado ya se le iba encima, agachó la cabeza y... ¡Cuál sería su estupefacción al ver sus botas en los pies de su padre!...

El anciano también había visto las suyas, y el padre é hijo se contemplaron sonriendo.

Luego se sentaron en dos sillas del recibimiento y, sin hablarse, cambiaron de calzado.

FÉLIX RECIO



Il'n.— ¡Adiós, simpático! (Aparte): ¡Vaya un amigo pa el verano!

✧ Historia **muy triste**

Como concluye el *Gil Blas de Santillana*, «Ahora tengo dos niños de los cuales creo, piadosamente, ser su padre», mi viejo amigo X tampoco está muy cierto.

Verdad que X tiene la misma complejión artística de Gil Blas: fué pobre y ahora es rico, sirvió como grumete en un bergantín mercante que hacía la travesía de Canarias á Buenos Aires y Méjico y ogaño es banquero influyente. Quien antes servía, ahora tiene servidores; el desterra-



La señora.—Me dice en su carta que calme un poco la sed de amor que siento por mí... ¿qué harías tú en mi caso, Rosita?

La doncella.—¡Si á mí un hombre me escribe una carta tan apasionada y la leo en camisa como la señora, le digo que pase!

do que estuvo á punto de morir solo en el hospital de la Habana, ahora, no bien le duele la cabeza, tiene esposa que le cuida é hijos, ya hombres, que vayan á preguntarle por las mañanas:

—¿Padre, cómo has dormido?

Acabo de visitar el castillo que X tiene al noroeste del Escorial, cerca ya de Avila. Es un viejo edificio de aspecto señorial construído en la entraña de un bosque secular, sobre la cresta de un cerro.

Lo componen dos cuartos separados por un vasto patio que más de una vez sir-

vió de teatro á los brillantes torneos de los tiempos medioevales y que ahora sólo sirve para dejar las carretas que vuelven del trabajo con sus grandes ruedas manchadas de barro. La armería es un vasto salón sobre el cual vierten su luz tres altos ventanales y por el cual las gallinas voraces corrétean picoteando las hierbas que crecen entre las losas mal unidas del pavimento.

Allí guarda X restos de armaduras, cascos, arcabuces, cimatarras tunecinas, lanzones, mazas y otros objetos ligados, algunos de ellos, á gloriosas y por todo extremo memorables hazañas: allí vió la silla que uno de los primeros tatarádeudos de mi amigo llevó á la batalla del Salado, y la espada que cortó á cercén la cabeza del moro que dejó manco á Cervantes...

—¿Pero, es cierto?...—exclamé maravillado.

—Un amuleto —dijo gravemente—; el amuleto que defiende y asegura la virtud de todas las mujeres de mi raza.

—¡Es curioso!...

—Allá por los años de 1400 —prosiguió X.—, un ascendiente mío llamado don Alonso, tuvo que acompañar á su rey don Enrique III *el Doliente*, á una excursión que éste preparaba á tierra de moros. Don Alonso, que era hombre sesentón, había casado poco antes con doña Elvira, que gozó en Avila, su ciudad natal, merecido renombre de moza y de bonita, y temiendo juiciosamente que el atrevimiento de algún galán ó la amorosa complejión de doña Elvira abrieran al deshonor las puertas de este alcázar, dejó á la linda castellana bajo el cuidado del arquero Germán Ledesma, en cuyo heroísmo y honradez tenía gran confianza.

La noche del mismo día en que don Alonso salió del castillo al frente de sus mesnadas, doña Elvira llamó á Germán

—¿Qué manda mi señora? —preguntó el soldado.

—Tengo miedo, Germán —repuso doña Elvira—, y deseo que pases la noche aquí, en mi cuarto.

—Duerma usted tranquila—dijo Ledesma—; los cincuenta hombres que mi señor don Alonso dejó aquí para defensa del castillo, son de confianza, y yo valgo pordiez.

Ella le miraba complacida, hallándole fuerte y guapo. Al fin doña Elvira se metió entre sábanas y el arquero pasó la noche sentado delante de la puerta, con su espada desnuda sobre sus rodillas. A la noche siguiente, con la obscuridad, los temores de la hermosa castellana aumentaron.

—¿Dónde estás, Germán? —preguntó.

—Aquí, señora.

—Acércate, ven á mi lado... tengo miedo.

El soldado obedeció, sentándose al borde del lecho.

—No —añadió doña Elvira—, acuéstate.

—Pero...

—¡Nada, acuéstate, yo te lo mando!...

—Sea —replicó el arquero desliziéndose bajo los cobertores—; pero, juro á Dios— agregó colocando este espadón de dos filos que ve usted aquí—, que si piensa usted obligarme á hacer traición á mi señor don Alonso, he de cortarle á usted el cuello... Y no pasó nada.

—Desde entonces, año de 1401 —concluyó diciendo X—, todas las mujeres de mi familia sienten hacia nosotros invencible desprecio. Para ellas los hombres son animales egoístas y fríos, indignos de merecer favores...

Fernando AMADO



El dueño de la casa.—Pero, amigo Recóchez, ¿tanta mujer hermosa, y usted aquí en un rincón?

El Sr. Recóchez.—¡Ay, Besugáñez, es que estoy pensando en eso del ostracismo!

En honor de Marín y de Gómez Hidalgo

Heraldo de Madrid, daba cuenta el viernes pasado de una fiesta organizada en honor de los autores de Belmonte, el Misterioso, en la siguiente forma:

«Para celebrar el éxito alcanzado por la publicación del libro Belmonte, el Misterioso, dedicado á la vida y el arte del celebrado torero de Triana, anoche fueron

obsequiados con una comida en los jardines de «La Huerta» sus autores, Francisco Gómez Hidalgo y Ricardo Marín.

Aunque la fiesta se había organizado muy de prisa, sin darla apenas publicidad, la concurrencia fué extraordinaria, demostrándose con ello las simpatías de que disfrutaban los agasajados.

Además de hermosas artistas, tocadas de mantilla blanca, estuvieron presentes escritores y artistas como Eduardo Zamacois, Quinito Valverde, Antonio de Hoyos, Julio y Enrique Romero de Torres, Eduardo Barriobero, Bagaria, Alejandro Groizard, el director de España Nueva Blanco Soria; Ricardo Torres, el doctor Ruiz Albéniz, Bejarano, Espín, Asensio Mas, Demetrio, Enrique Ruiz, el novillero Eusebio Fuentes, Eduardo Rosón, Garcés y otros, hasta el número de cien.

Juan Belmonte, quería asistir, á pesar del magullamiento que sufría; pero el doctor Mascarell se opuso á ello. Entonces el diestro, muy contrariado, pidió pluma y papel, y, en la cama, escribió la siguiente carta, que tiene el don de la originalidad y la espontaneidad. Dice así:

«Señor D. Francisco Gómez Hidalgo.

Mi buen amigo: Los deseos proponen y los toros disponen. Eso ocurre en estos momentos, en los que yo tendría vivísima satisfacción asistiendo á la comida que en honor suyo y en el del ilustre artista don Ricardo Marín se celebra.

¡Qué hemos de hacerle! Belmonte, «el Misterioso», sólo tiene ahora tiempo para quejarse, magullado y dolorido.

Mas así y todo, no olvido á los buenos amigos que para mí tuvieron un recuerdo y pusieron en bellos párrafos y en artísticos dibujos pedazos de mi vida de lidiador.

Gracias mil, y que la alegría sea la compañera de esa fiesta, á la que con tanto gusto asistiría para brindar por los autores de Belmonte, el Misterioso, ya que ahora apenas me llamo

Belmonte, «el Dolorido».

La carta, leída por «Corinto y Oro», fué acogida con aplausos, y la fiesta terminó á las dos de la madrugada, alegremente.»

Lea usted BELMONTE, EL MISTERIOSO

50 céntimos

Seducida ⁽¹⁾ Era una mañana abrilena, riente. El sol iluminando las calles recién regadas, dábales aspecto de ruas de gran ciudad. El ambiente saturado de efluvios primaverales era enervante.

Isabel, acompañada de Marta, la vieja sirvienta, tercera de sus amores, salió de compras. Pensaba aprovechar esta ocasión para invertir sus ahorros en alguna cosilla que regalar á Carlos. Dentro de breves días era su cumpleaños. Iba preocupada. ¿Qué compraría? ¿Un bolsillo? ¿Una cartera? ¿Unos gemelos? ¿Un alfiler? No, esto no; que cosa que tenga filo ó punta dicen que es causa de regaño con la persona á quien se regala. Pensando esto Isabel sonreía gozosa—¡como que no era posible que ellos regañase nunca, queriéndose tanto como se querían!—Marta era de opinión que unos gemelos.

—Mira, Isabel—le decía tanteándola, con la confianza de los criados que nos vieron nacer—en la calle de Peligros yo he visto unos...

Y allí encaminaron sus pasos señorita y sirvienta.

Al llegar á la esquina de Caballero de Gracia y Clavel, Margarita y Luisa Manso, que marchaban por la acera de enfrente, la llamaron, y al saludarse cruzaron hacia ella.

Al tiempo que se besaban:

—¿Qué es de tu vida, picarona, cómo es que no vas por casa?

—Ya veis, como mamá está malucha, selgo poco, y cuando lo hago, es con Marta, como ahora.

—Ya, ya; eso decimos nosotras: á Isabel no se la ve por ningún lado—dijo la rubia Luisa, al tiempo que más que nunca se mostraba rebelde aquel maldito tic de su ojo izquierdo.

—Y eso que el otro día te vi yo, yendo con mamá, en el tranvía cangrejo—agregó la morena Margarita—. Por cierto que ibas hablando con un muchacho que nosotros conocimos en Ergueta hace dos años, con Carlos Moreno.

(1) Fragmento de la hermosa novela de este título que acaba de publicar Conrado Espín.

Isabel ruborizóse al recordar sus viajes en el tranvía cangrejo, cuyas curvas pronunciadas hacíanlos tropezarse en la plataforma, circunstancia de la que siempre se aprovechaba Carlos, y con la ingenuidad de su aimañña, dijo:

—Si es mi novio.

—¿Que es tu novio? —preguntaron á la vez las de Manso.

—Sí, hijas, desde hace ocho meses.

—¿Pero no es casado?

El mazazo fué terrible. Isabel quedóse anonadada; los ojos abiertos, sin ver; la boca entreabierta. Por toda ella pasó la ráfaga de lo trágico. En un momento clarividente comprendió el abismo que se abría ante sí.

—Ca... sa... do... —dijo saltando las sílabas una á una como si su inteligencia se negase á comprender su significado.

Las de Manso, rápidas, lo comprendieron todo. Al principio, al ver el dolor inmenso que en la cara de Isabel se retrataba, sintieronlo, mas la retracción fué inmediata, y animadas por el deseo de gozarse en el mal ageno, contaron todo lo que sabían. Al fin y al cabo le hacían un favor á Isabel; un favor, que dicho sea de paso, no se merecía la niña tonta aquella. ¡Pues poco orgullosa que estaba porque tenia novio, como si ellas no estuvieran hartas de tener proporciones! ¡Y vaya un novio, Carlos Moreno, ua fresco, casado, tenorio hasta la medula! ¡Dios sabe para qué se habría hecho novio suyo!

Poco á poco, á golpes sucesivos, fueron contando. Le conocieron en Ergueta.

—¿Te acuerdas, cuando fuimos con papá á tomar aquellas aguas? Estaba con su madre, una señora con el pelo blanco y rizado que se llamaba Rosa, y con su mujer, una infelicitá. El, apenas si las prestaba atención.

Y su fantasía creaba nuevos detalles con que ensanchar la herida á la pobre Isabel que escuchaba absorta, muda, sin perder palabra.

—Quizá fuese mentira, no hagas caso. De fijo que era algún lío y para disimular



CONRADO ESPÍN

las hacía pasar por su familia—dijeron las otras, queriendo aminorar el mucho daño que ya habían hecho.—Por si acaso, tú, entérate, no seas bobita, mira que todos los hombres son unos granujas.

Y después de darles las gracias por aquel favor tan grande que le hacían, besáronse efusivas, marchando las hermanas por la calle de Caballero de Gracia con dirección á la Red de San Luis, seguidas por la inmovible miss que en todo el rato no despegó los labios.

Isabel se quedó quieta, abismada en un dolor sin límites, y á no ser por Marta que la requería para marchar, hubiera continuado allí, estatuaría, perdida entre aquella multitud que, satisfecha, marchaba junto á ella, sin presentir siquiera el truncamiento de su pobre amor.

Sí, casado. Ahora comprendía el por qué de sus recelos. Ahora se daba cuenta de su intranquilidad cuando iban juntos por el centro de la población. Por eso á él no le gustaba pasar por las calles bulliciosas más que en tranvía. ¡Canalla! ¡Casado! Y la palabra anonadante, con sus tres sílabas rotundas, machacábale en los oídos con una fuerza de colosal martillo. ¡Casado! ¡Canalla! ¡Y ella que le había entregado todo, todo; ella que por él olvidó todos los prejuicios, saltó por todas las convenciones! Y al considerar su estéril sacrificio una oleada de cólera le invadió. Sintió celos, unos celos locos, rabiosos; ya no le importaba la burla ruin, ya no sentía el pudor de su caída, nada de eso le preocupaba, que á la postre todo fuera ofrecido en el altar de su pasión; ahora sólo sentía celos, celos criminales, ansia loca de matar, de destrozarse á aquella otra incógnita y feliz poseedora de lo suyo, de su Carlos, y á éste también matarle, cobrarse de este modo por sí propia de la ruin y baja burla sufrida. ¡Ah, canalla, canalla! ¡Casado, casado!

Su congoja pasó. Se sintió fuerte y con un ademán de reina ultrajada, siguió haciendo las compras proyectadas. Sólo aquellos ahorros tan queridos, los destinados á la adquisición de algo que usara siempre él, quedáronse en el fondo del limosnero. Al sacar el pañuelo, la mano regordeta se tropezó con ellos. Fué una sacudida brusca, brutal, nuevo desgarramiento de la herida.

Siguió por las calles indiferente. Una fuerza desconocida impulsábala á llorar, deshacer en llanto aquel dolor tan hondo, tan grande. Ella tan llorona siempre, ahora

se contuvo. Era muy profunda la pena. Sin duda las lágrimas iban por dentro recatadas y silenciosas. Además era preciso que nadie supiese nada, sólo ella sabía lo que tenía que hacer. Y digna, casi sonriente, entró en su casa, después de exigir formal promesa y juramento á Marta de que no había de decir una palabra de cuanto había oído.

Conrado ESPÍN



Una.—¿Y dices que en Palís hay muchas monacas monitas?

La otra.—¡Las hay ma monas!...

SUCEDIDO...

Dos estómagos agradecidos, después de comer opíparamente, se divierten en elogiar la hermosura de la dueña de la casa.

—¿Qué edad tiene? —pregunta uno de ellos.

—Treinta y cinco años.

—¡Oh, treinta y cinco!... ¡Me parecen pocos!

—Hombre... eso es lo que siempre he oído decir, y hace mucho tiempo que la conozco.

La audacia *¡Audaces forte- ma juvat!*

La frasecita, del gran revolucionario Danton, ó del pacífico conde de Esteban Collantes, que he de confesar á ustedes ingenuamente que no sé á punto fijo de quién es, viene á propósito para expresar



—Niña, procura que no se te note el acento catalán.

—Pues aprenderé de ti, que no se sabe cuándo dices la mama ó la mamá.

el arriesgadísimo paso que días pasados hube de dar cuando me enteré del conflicto en que me encontraba.

Ya me conocen ustedes: saben por mi modo de escribir, puesto que «el estilo es el hombre», según afirmación de D. Julio Burell hablando del señor conde de Romanones, que soy un espíritu inquieto, cuasi cuasi tan revolucionario en estas cosas de amor como D. Melquiades Alvarez en todo lo que con el régimen se relaciona. Así, pues, conocen ustedes también los mil equilibrios que he de hacer diariamente con objeto de sortear y librarme de las iras de una multitud de maridos furiosos, amantes irascibles, mujeres celosas y demás personajes que intervienen en la comedia del amor... subrepticio.

Todo esto durará hasta que una de las víctimas lo tome en serio y haga con mi personilla de Tenorio un zafarrancho, que para escarmiento de las generaciones venideras sea más sonado, que el del capitán Sánchez.

;;

Quedábamos en que el ser audaz fué lo que me salvó el otro día.

Vean ustedes cómo.

Al salir yo de casa de Nati olvidé el paraguas en el perchero del pasillo. Mi paraguas, regalo de un industrial admirador mío, lleva grabado en la chapa de oro del puño, mi apellido con todas sus letras, un apellido que no puede confundirse con ningún otro.

Cuando estaba en el café y vi que llovía con fuerza, fué cuando me acordé de mi paraguas. Lo había dejado en casa de Nati y no había medio de volver allí ni mandar á pedirlo con un mozo, por la razón muy poderosa de que aquella hora precisa era la dedicada por Nati para recibir á Antúnez, un buen burgués que pagaba todos los



—¡Tengo una desazón, que no sé cómo ponerme!

muchos gastos inherentes á la vida cómoda y caprichosa de una mujer joven, bonita, alegre y sin responsabilidades.

¿Cómo ir? Me constaba que Antúnez tenía ya ciertas sospechas de mí y que había sabido algo de la intimidad conque Nati me distinguía.

Cuando más absorto estaba viendo desfilarse ante mí cientos de paraguas abiertos chorreando hilillos de agua por las puntas de sus varillas, un coche se detuvo á la puerta del café y ví bajar á Antúnez, que entró resueltamente dirigiéndose á mi mesa.

Llevaba dos paraguas. Sin saludarme, sino muy ligeramente con la cabeza, me dijo fríamente:

—Sabía que á estas horas estaría usted aquí tomando café y como ha olvidado usted el paraguas, he creído un deber mío venir á traérselo.

—Muchas gracias. ¿Por qué se ha molestado usted?

—No es molestia. Y ahora —añadió sentándose— vamos á hablar tranquilamente.

—Lo que usted guste.

—Desde mañana presento mi dimisión en casa de Nati. Precisamente estamos á treinta y uno, y de este modo no tengo necesidad de pagar para el mes próximo todo lo que venía pagando para que ella me correspondiera dejando que otro cualquiera olvide su paraguas cuando yo no estoy allí.

—Creo que hace usted mal —fué todo lo que se me ocurrió contestarle.

—¿Que hago mal? —me preguntó asombrado.

—Sí, señor; la cosa no tiene importancia.

Ante aquel golpe de audacia quedé desconcertado y yo aproveché el momento para seguir hablando con la mayor naturalidad:

—Yo creo que Nati es una buena muchacha; digna, además, de nuestra consideración.

—¿Cómo de nuestra?

—Déjeme usted seguir. En el tiempo en que la he tratado, observé en ella bellísimas cualidades. Además su belleza alucina, y en momentos determinados sabe hacer la felicidad de un hombre.

—Basta, hombre, basta.

—Se lo digo á usted para convencerle de que no debe abandonarla. Si usted la deja, pesará sobre su conciencia el porvenir de Nati. Eso sería empujarla hacia la pendiente peligrosísima por donde tantas otras ruedan. Le hablo á usted con el corazón en la mano. ¿Qué será de la pobre sin usted?

Yo, por mi parte, no puedo hacer lo que usted viene haciendo, porque mis medios de fortuna apenas si alcanzan para que yo pueda desenvolverme con relativa comodidad.

—Sí, lo comprendo. Pero en mi caso...

—Es que yo debe á todo trance convencerle á usted de que hace mal, porque me



Ella.—Sí, señor Delegado, mi amante está aquí, pero tendrá usted que pasar por encima de mí, antes de entrar por esta puerta.

El delegado.—¡Con mucho gusto señora!

pesa en el alma verme causante involuntario de una desgracia que no puedo remediar.

—Sin embargo...

—Cierre usted los ojos ante ciertas pequeñeces de la vida que en nada atañen á la verdadera felicidad. Además, me consta positivamente que Nati le quiere á usted mucho. ¡Con qué fuego, con qué apasionamiento me pintaba lo agradecida que á usted está! Usted es bueno, inteligente,

generoso... Todo eso y más que me callo por no ofender su modestia, es lo que siempre le he oído decir á Nati.

—Sí; es verdad. Sería un crimen abandonarla, sobre todo cuando usted me revela esas cosas.

—¡Naturalmente! ¿Está usted agradecido á mí?

—Con alma y vida.

—Bueno; pues en justa correspondencia, yo confío en que usted también será sincero conmigo y me dirá algún día lo que ella opina de mí.

—Desde luego.

Al día siguiente, que ya no llovía, merendábamos los tres en la Bombilla. Antúnez pagó.

José MOREIRA

...Y VAMOS TIRANDO

Una actriz de mala muerte y de no muy buena historia, repasaba en la memoria las desdichas de su suerte.

Y al renegar de las artes, de injusticias y escenarios clamaba:—¡Oh!, los empresarios abusan de ciertas partes.

C. ALVEAR

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES;
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciados en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

APARECERAN EN SEGUIDA

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

Precio: 15 pesetas

LA OBRA COMPLETA
Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =

Fotografía de LUIS ALTOZANO

TOLEDO, 53, MADRID.—TELÉFONO 4541

Primera casa en retratos de artistas y ampliaciones.

Fotógrafo de LA HOJA DE PARRA